

La Alameda en ojos decimonónicos: evolución y representación de un espacio de sociabilidad (1807-1905)

The Alameda in nineteenth-century eyes: evolution and
representation of a space of sociability (1807-1905)

Carolina Quilodrán Rubio* y Diego Romero Pavez**

RESUMEN

El artículo estudia la forma en la que fue percibida la transformación de la Alameda de las Delicias en el siglo XIX por sus contemporáneos, pasando de ser un espacio periférico y el límite de la urbanidad a un eje articulador de la ciudad de Santiago de Chile. A través de relatos de viajeros, memorias políticas, autobiografías y periódicos se analizará la forma en la que la *sociabilité* representó la transformación de la Alameda a lo largo del periodo, demostrando que, si bien se pretendió otorgarle un uso oficial que evidenciara el progreso y civilidad de la naciente república, los distintos cambios e identidades socioculturales le imprimieron usos y costumbres que redefinieron, con una dinámica local, este paseo “a la usanza europea”.

Palabras clave:
Alameda de
las Delicias,
modernidad,
representación,
historia urbana.

* Chilena. Doctora en Arquitectura y Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile. Profesora Asistente del Instituto de Historia y Patrimonio, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3128-5531>. E-mail: cquilodran@uchilefau.cl

** Chileno. Estudiante de Doctorado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile. Investigador Asociado, Centro de Estudios de Historia Agraria de América Latina. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0051-7344>. E-mail: dxromero@uc.cl
Artículo desarrollado en el marco del proyecto Fondo FAU Interdisciplinar “Proyecto Alameda: transformaciones y representaciones de un territorio en disputa (1807-1910)”.

ABSTRACT

The article studies the way in which the transformation of the Alameda de las Delicias was perceived by its contemporaries in the 19th century, from being a peripheral space and the limit of urbanity to an articulating axis of the city of Santiago de Chile. Through travelers' accounts, political memoirs, autobiographies, and newspapers, we will analyze the way in which the socialite represented the transformation of the Alameda throughout the period, demonstrating that, although its initial intention was to give it an official use that evidenced the progress and civility of the nascent republic, the different changes and socio-cultural identities imprinted uses and customs that redefined, with a local dynamic, this "European-style" promenade.

Keywords:
Alameda de
las Delicias,
modernity,
representation,
urban history.

La Alameda de las Delicias surge como espacio y denominación a partir de la reconversión de la antigua Cañada entre 1818 y 1823, a comienzos de la república. Esta arteria, que se remonta al siglo XVII¹, representaba el límite sur de la ciudad de Santiago, siendo utilizada para el tránsito de ganado y vía de comunicación, pero también identificada como un espacio donde se producía la transición de la ciudad hacia el espacio rural, periférico y marginal. La historia de La Cañada está estrechamente relacionada con esta característica de límite natural con los suburbios de la urbe y, si bien a lo largo de los siglos estuvo lejos de mantenerse inalterada, incorporando cambios en su arborización y el flujo de acequias, las modificaciones que comenzaron a planearse y ejecutarse a partir de 1807 marcaron una diferencia fundamental con el pasado: la superación de la dinámica periférica y su incorporación definitiva a la ciudad. Su condición de paseo urbano lo convirtió en un amortiguador entre lo público de las calles fundacionales y la nueva tipología de espacio de sociabilización, en el sentido oriente-poniente, al sur del centro histórico, en un proceso de planificación de un espacio que rompió la rígida trama originaria, conquistando el territorio y modificando el trazado y proporciones del espacio urbano.

El estudio de esta arteria icónica de la ciudad de Santiago no ha estado ausente de investigaciones históricas y urbanísticas (Pérez Rosales, 1886; Zañartu, 1922; Schkolnik, 1955; León Echaíz, 1975; Guzmán & Oddoy, 2003; Gutiérrez, 2004; Arroyo i Samsó, 2015; Sahady, 2015). No obstante, es posible observar una ausencia de investigaciones académicas que analicen su importancia como eje articulador de la vida nacional republicana, al igual que la profundidad del proceso de cambio y las impresiones que estos provocaron sobre quienes los experimentaron de manera contemporánea. En este contexto, los trabajos sobre el desarrollo urbanístico del periodo se han centrado en algunos barrios emblemáticos, siendo Dieciocho, República y Yungay algunos ejemplos. De manera complementaria, aunque eminentemente monográfica, surgen investigaciones que analizan eventos en particular y que develan la transformación de la Alameda en un espacio protagóni-

1 En la actualidad persisten las dudas respecto del origen de la Cañada. Si bien la tesis más extendida es su procedencia como brazo seco del Mapocho, revisiones recientes han desmitificado aquella teoría, considerando la existencia de tajamares que desviaban las aguas hacia otros sectores. Para una revisión más detallada, véase Quilodrán (2021).

co en la sociabilidad, como ocurrió con la celebración de Semana Santa, Nochebuena y el Año Nuevo (Peña Otaegui, 1944; Calderón, 1984; Romero, 1988; Serra, 2011; Silva, 2012).

De igual forma, la literatura de viaje como principal fuente primaria no es una novedad. La narrativa de viaje, evidencia de una experiencia vital en clave contemporánea, es una de las más antiguas de la literatura, siendo una importante herramienta para comprender cómo los cambios impactaron a los testigos de ese momento, fuesen foráneos, generalmente en un proceso de descubrimiento asociado a los viajeros extranjeros de mediados del siglo XIX, o locales, con el reconocimiento que la elite nacional realiza de su propia identidad espacial (Cisneros & Savarino, 2007, pp. 9-10). De esta forma, numerosas personalidades, durante viajes y trabajos, elaboraron relatos que dejaron constancia de la vida urbana y social del país, particularmente de ciudades como Santiago, Valparaíso y Concepción. Sin embargo, el objetivo de este trabajo es trascender al rescate de testimonios de carácter “oficial”, “épico” o del “romántico viaje decimonónico hacia lo desconocido”, al recoger relatos cuya única motivación aparente es narrar la cotidianeidad. Es así como en este estudio se han utilizado libros de viaje, memorias políticas y diversas publicaciones en las que se plasmaron dichas vivencias, mientras que el rango cronológico se ubica entre las primeras tentativas transformadoras de La Cañada (1807) y la emergencia de protestas como muestra de la cuestión social en Chile (1905).

Para ello la historia de la representación, que surge a partir de la crisis de las ciencias sociales y el giro historiográfico del último cuarto del siglo XX, se erige como una importante herramienta disciplinaria. En este sentido, los textos y testimonios de personajes relevantes del periodo dan cuenta de una determinada forma de pensar y representar el mundo en el cual se desenvuelven, haciendo así presente una evaluación tanto objetiva de los cambios del espacio, como una valoración inconsciente que deja entrever las distintas formas de sociabilidad que conjugaban en un espacio de relevancia para la vida cotidiana. De esta forma, es posible acceder a una Alameda que, incluso ausente de forma directa está representada “en ojos decimonónicos”, la cual es, desde un enfoque historiográfico, una visión siempre parcial, enfatizando de forma permanente que ningún testimonio, sin

importar el soporte, tiene una relación transparente con la realidad que capta (Chartier, 2005, p. 40).

Sobre la base de testimonios de contemporáneos, el artículo pretende representar, *en ojos decimonónicos*, la Alameda del siglo XIX, caracterizando sus cambios y el impacto visual y social que tuvo sobre sus ocupantes, en una estrecha relación entre historia cultural, social e historia urbana, pretendiendo ser un aporte para la “historia cultural de lo social” (Chartier, 2005, p. 53). Ello permitirá, a partir de relatos individuales, acceder a “representaciones colectivas” como “matrices de prácticas constructivas del mundo social en sí” (Chartier, 2005, p. 54), en una construcción del imaginario derivada tanto de lo textual como de las prácticas, signos y símbolos ejecutados y observados por sus protagonistas (Chartier y Pons, 2013, p. 43; Marín, 2009, pp. 136-138). Sin embargo, es importante advertir que esta aproximación, si bien nos permite ampliar el universo de protagonistas y testimonios, abarcando distintas visiones respecto de la transformación de la Alameda, no pretende ser una representación globalizante sobre la perspectiva que los observadores del paseo tenían a lo largo del periodo, considerando que los vestigios disponibles son eminentemente de personeros de una elite intelectual, política y social que escribe desde ese imaginario particular, lo que explica el universo limitado de fuentes utilizadas (Graham, 1822; Miers, 1826; Ruschenberger, 1834; Famin, 1839; Gilliss, 1855; Carlisle, 1876; Brassey, 1885; Wiener, 1888; Mac-Érin, 1897; Lafond du Lucy, 1911; Goy, 1917; Haigh, 1917). En este sentido, la ausencia de las clases populares en el estudio, al menos de manera directa, es tanto una limitación impuesta por las fuentes, en el encuentro directo con las sensibilidades, como una elección metodológica (Deluermoz & Marzurel, 2019).

A su vez, se han utilizado fuentes complementarias desde el ámbito iconográfico: 1) Croquis de la Cañada (1818), atribuido a Bernardo O’Higgins, por Benjamín Vicuña Mackenna en 1872, en la Corona del Héroe, en los albores del periodo independentista, en el que dibuja el trazado del paseo, calles, acequias y la composición espacial de los árboles; 2) El Plano de Santiago (1831) y el Paseo de la Cañada (1854), dos testimonios gráficos de Claudio Gay, naturalista francés que viaja por Chile, desde Atacama a Chiloé, entre 1830 y 1842, que ayudan plasmar el escenario republicano y permiten observar el cambio de La Cañada a un

paseo conformado y organizado en torno a hileras de árboles de dosel alto, incluso visibilizar el proyecto de O'Higgins, los espacios públicos y la articulación de las áreas norte y sur de Santiago, y 3) Otro actor importante en la arborización y hermoejamento de La Cañada fue el fraile franciscano José Javier Guzmán, que trae a Chile, en 1807, las primeras varas de álamo negro (*Populus nigra*) y lo deja como registro escrito en el frontis de la iglesia y convento de San Francisco, en Santiago, Chile, dando cuenta del interés por la apropiación del espacio público. La investigación se plantea las siguientes preguntas: ¿Cómo se convirtió la Alameda de las Delicias en un espacio de paseo y convivencia? Además de la toponimia, ¿cuáles son los cambios observados que diferencian La Cañada y la Alameda de las Delicias? ¿Cuánto tardaron las profundas modificaciones de este espacio, hasta ese momento periférico, en ser percibidas y asimiladas por la población? ¿A quiénes apuntaban esos cambios? ¿En qué momento y de qué forma se vive la transición de un espacio periférico a uno central de la vida diaria de la ciudad? ¿Cuáles eran los usos atribuidos a la Alameda por sus habitantes? ¿Es posible reducir la Alameda a una única y particular representación?

Estudiar los orígenes de la Alameda como un paseo urbano, *de las Delicias*, es también enfrentarse a una lectura interpretativa de su proceso de construcción material y cultural. El cambio de este espacio periférico, sin uso definido, en un suntuoso paseo arborizado iniciado por Bernardo O'Higgins, fue el resultado de varios intentos previos y de un evidente signo de apropiación del territorio de la Cañada (Quilodrán, 2021). El aporte del artículo se basa en que los relatos no solo apuntan a una visión oficial del espacio, sino también a experiencias individuales en las que los testigos develan diversos usos y costumbres que se dieron al paseo, muy por sobre la delimitación europeísta que se le intentó imprimir desde el gobierno central, especialmente a partir de la segunda mitad de siglo. En el fondo se observa, por una parte, la realidad del paseo de la Alameda, su evolución y la paulatina implementación de espacios públicos en Santiago y, por otra, el ensamblaje de usos, muchas veces no institucionales ni oficiales, derivado de procesos de modernización complejos y profundamente conflictivos.

El artículo se organiza en tres secciones: 1) La emergencia de un espacio público: el origen del Paseo (1807-1823), que hace referencia al rol clave de los franciscanos en el impulso modernizador, con la lle-

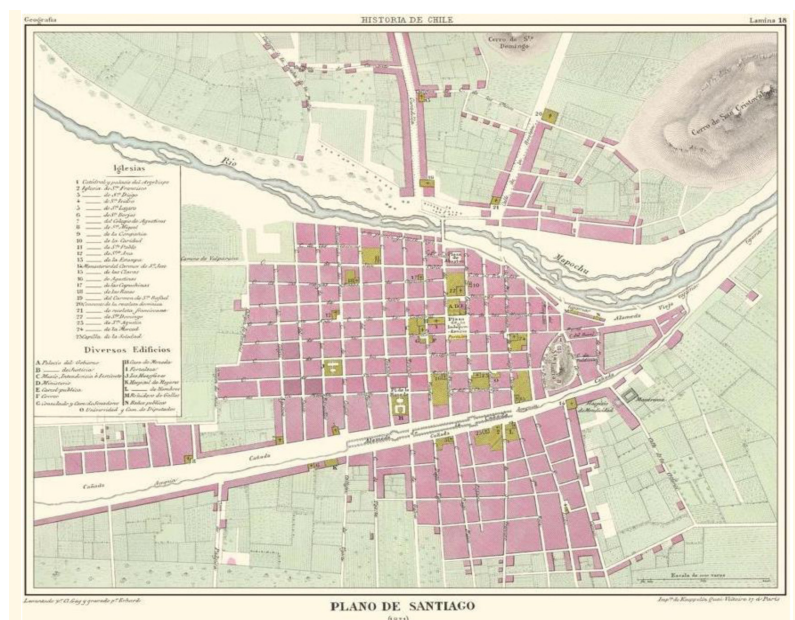
gada de los primeros álamos desde Mendoza y la “apropiación” del terreno emplazado en el frontis de la Iglesia; 2) La construcción material y cultural de un paseo: Alameda de las Delicias (1823-1874), que reflexiona sobre la actuación de Bernardo O’Higgins como impulsor del proyecto de paseo urbano de la Alameda de las Delicias, originalmente llamado “Campo de la Libertad Civil”, y su extensión en las décadas siguientes; y 3) La modernización de la Alameda y la herencia de Benjamín Vicuña Mackenna (1874-1905), que articula y cuestiona el proceso de modernización de la Alameda y las políticas de urbanidad del fin de siglo, derivadas de los procesos culturales y heroseamiento llevados a cabo principalmente en Francia, en un contexto de creciente crisis y tensión social con el emergente sector obrero.

La emergencia de un espacio público: el origen del paseo (1807-1823)

La Cañada, una hondonada entre dos puntos de diferente altitud, fue la toponimia con la que se conoció a la Alameda de Santiago desde el siglo XVII. La cualidad periférica de este camino, de sentido oriente-poniente, emplazado cuatro cuadras al sur de la plaza fundacional, hoy Plaza de Armas de Santiago, lo convirtió en un territorio desafiante para los futuros usos urbanos. Un límite donde se iniciaba el poblamiento hacia el sur de Santiago (De Ramón, 1978). Este camino de servidumbre, de tránsito habitual de carretas y de marcado carácter rural, estaba dominado en su paisaje por chacras y cultivos agrícolas, acompañados de iglesias, conventos y hospitales. Era, por tanto, un borde de la urbanización consolidada o una frontera que respondía al proceso de fundación de la ciudad de Santiago, y que se extendía desde el frontis de la iglesia y convento San Francisco hasta la Cañada de San Lázaro, en el poniente, actuales calles San Francisco y Ejército. Hacia el sur del centro fundacional histórico, en la propia Cañada, destacaban algunos edificios religiosos y varias acequias que cruzaban los predios de norte a sur y de oriente a poniente. No obstante, la cuadrícula de damero, tan característica y predominante en el centro desaparecía en los suburbios, así como también los ensanches y la apertura de nuevas calles o avenidas, lo que explica que estos atributos geográficos se convirtieran en un obstáculo para el crecimiento de la ciudad de Santiago, siendo la Cañada y el torrente del Mapocho dos ejemplos de ello (figura 1).

Por otro lado, hasta avanzado el siglo XIX no existió un sistema de espacios públicos y verde urbano en Santiago, cuando “la inclusión de material vegetal se convirtió en una norma de desarrollo urbano y objetivo central de grandes transformaciones metropolitanas” (Hecht, 2012, p. 52), siendo la arborización e incorporación de material vegetal en espacios urbanos públicos y áreas privadas una de las primeras operaciones de proyecto de paisaje realizadas en la ciudad de Santiago (Hecht, 2012). En este contexto, es posible observar, en el Plano de Santiago de 1831 de Claudio Gay, la conformación de un sistema de espacios públicos donde se emplazan la Plaza Mayor, el Paseo de los Tajamares —al borde sur del torrente del Mapocho— y la propia Cañada (Alameda), territorios pensados para la entretención de los habitantes y emplazados tanto en el centro histórico fundacional como en la periferia (figura 1).

Figura 1
Plano de Santiago (1831).



Fuente: Memoria Chilena.

La localización de estos espacios resulta fundamental para entender, en el mismo periodo, la aparición de la vegetación urbana que se

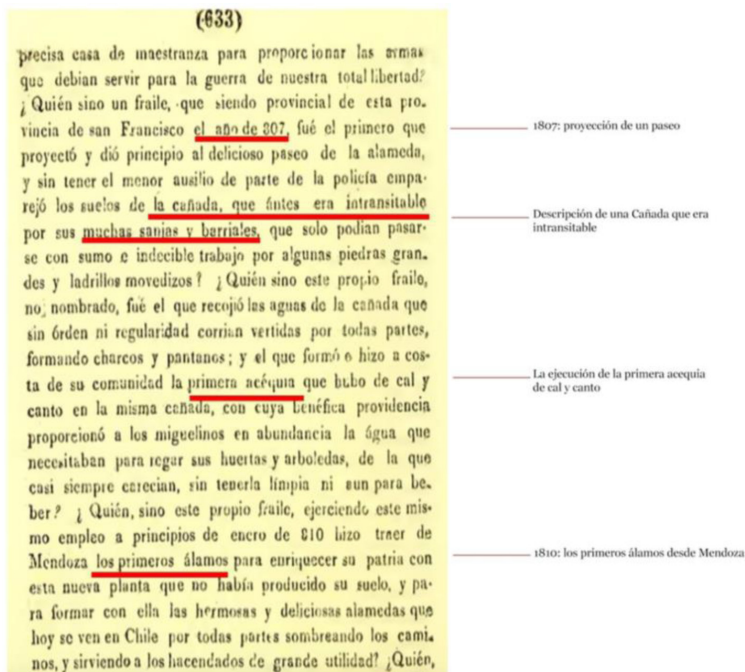
fue manifestando no solo al interior de las viviendas, sino también en las calles y avenidas. Pérez de Arce (2016) explica que había calles más geométricas, que eran las secas y hacían de primer follaje confinado a los patios, y que aparecían por sobre las siluetas de los techos. Según Cillero (2017), “el árbol, sin embargo, no fue precisado ni imaginado en el espacio público de las ciudades hispanoamericanas hasta el siglo XIX” (pp. 3-4).

Ello explica que nociones como el saneamiento urbano y el hermosteamiento de la ciudad comenzaran recién a hacerse perceptibles con posterioridad, siendo la irrupción del intendente Benjamín Vicuña Mackenna, a finales del siglo XIX, el ejemplo más plausible. Sin embargo, en La Cañada, especialmente en el frontis de la iglesia y convento San Francisco, ya en el Plano de Santiago de Amadeo Frezier de 1712 se indica la presencia de unas hileras de árboles (en este caso sauces) que se dispusieron en los bordes del camino, siendo así el primer intento de plantar árboles de manera ordenada alrededor de la acequia que corría por dicha arteria. Si bien hubo iniciativas posteriores, como la de Ortiz de Rosas en 1746 y la de Félix de Berroeta y Torres en 1762, serían las obras planificadas por el fraile José Javier de Guzmán a partir de 1807 las que le otorgarían un nuevo lenguaje a Santiago, al darle cabida a la naturaleza y el paisaje en un espacio suburbano, con una obra de hermosamiento en el frontis de la iglesia y convento San Francisco.

Entre las tareas que se propuso Guzmán, provincial de la orden franciscana, estaba emparejar los suelos de la Cañada, debido a que en su condición de ruralidad existían zanjas y barriales; recoger las aguas; formar la primera acequia de cal y canto y traer, en 1810, los primeros álamos negros (*Populus nigra var. Italica*) desde Mendoza, Argentina (figura 2), especie nueva para el país y que terminaría extendiéndose en las décadas siguientes entre Copiapó y Talca (El Agricultor, 1840; Carvallo Goyeneche, 1875; Vicuña Mackenna, 1877; Barros Arana, 1933; Serra et al., 2002). Además de ello, los franciscanos donaron aproximadamente seis varas del terreno de la iglesia y convento, lo que significó dar mayor amplitud a la Cañada (Guzmán, 1836).

Figura 2

Descriptores del proyecto de Paseo de la Alameda ejecutadas por el fraile franciscano José Javier de Guzmán.



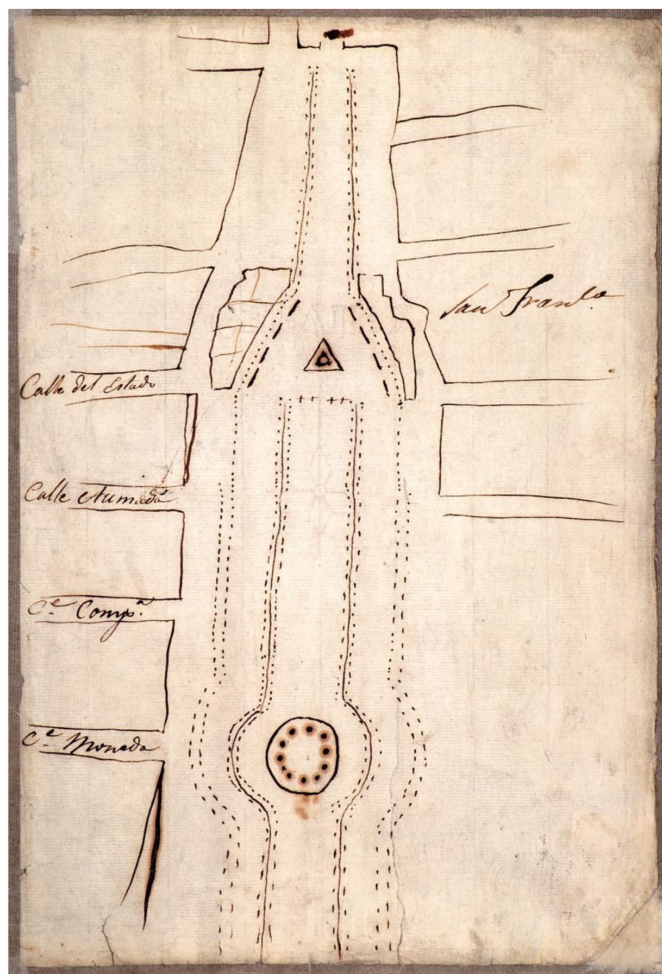
Fuente: Elaboración propia a partir de Guzmán (1836, p. 633).

La tentativa de hermosteamiento e higiene no era una tarea sencilla. Era, en el fondo, dar urbanidad a un área de la periferia de Santiago que estaba lejos de poseer las condiciones de las calles tradicionales, tal como evidencian diversos testimonios de la época. Vicente Pérez Rosales, en una comparación de la ciudad de 1860 con la de su niñez, fue enfático en afirmar que la urbe de 1814-1822 “no alcanza ni la sombra del Santiago de 1860” (1886, p. 1). Y es que lo que para el extranjero podía parecer un pequeño encanto, con el cielo azul y el imponente aspecto de los Andes, era para los locales un espectáculo triste, con calles “carentes de sabor arquitectónico” y que se encontraba limitada en su extensión “al norte con el basural del Mapocho; al sur el basural de La Cañada; al oriente el basural del recuesto del Santa Lucía, y el de San Miguel y San Pablo al occidente” (1886, p. 1). Idéntica opinión sostuvo José Zapiola, considerando que “la Alameda, orgullo de nuestra capital, no era otra cosa, antes del año de 1820,

desde San Francisco hasta San Miguel, que un inmenso basural, con el adorno inevitable de toda clase de animales muertos, sin excluir caballos y burros” (1974, p. 20).

En 1824, tan solo diez años después, la situación era completamente distinta: *La Cañada*, reconvertida en la *Alameda de las Delicias*, se erigía como un paseo que, desde su concepción, buscó constituirse en un espacio de representación de la civilidad, hermo-seamiento e higiene. Este significativo cambio se explica por el triunfo independentista y el gobierno de Bernardo O’Higgins, periodo en que se consideró que la realización de obras públicas era una de las principales muestras de la “civilización de los pueblos”, las cuales se encontraban en un considerable atraso, “digno del sistema opresor” colonial (O’Higgins, 1818, VIII). Muestra de ello es el Decreto 48, de julio de 1818, que estableció el mandato para la transformación de La Cañada en un paseo digno de la “magnificencia y hermosura correspondiente a la Capital de un Estado libre”, ante la carencia de un paseo público “en donde puedan congregarse las gentes por desahogo honesto y recreación en las horas de descanso, pues el conocido con el nombre de Tajamares, por su estrechez e irregularidad de terreno, lejos de alegrar el ánimo, inspira tristeza” (O’Higgins, 1818). *La Cañada*, por su situación, extensión y disponibilidad hídrica, era el lugar propicio para la nueva *Alameda*, paseo público que sería denominado en los años venideros como un “Campo de la Libertad Civil”, situación que se ratificaría con el Decreto del 22 de septiembre de 1820 para la formación de la Alameda de Santiago y que se vería plasmado en el Croquis de la Cañada (figura 3), que ha sido atribuido a O’Higgins por Benjamín Vicuña Mackenna (1872).

Figura 3
Croquis de la Cañada (1818).



Fuente: Memoria Chilena.

Según Arroyo i Samsó (2015), el Campo de la Libertad Civil hacía referencia a un contexto temporal e histórico de independencia y surgimiento de una nación, lo que se condice con las tres ideas fundamentales del proyecto de O'Higgins: 1) exaltar la libertad, 2) enaltecer las virtudes republicanas y 3) crear espacios para la vida ciudadana (Gómez Alcorta et al., 2017). De esta forma, la emergencia de un espacio público se convirtió en un fenómeno que permitió evidenciar el

cambio en la urbanidad y que apuntó a dar relevancia a un territorio periférico, en una lógica de reconocimiento público de un triunfo político, como lo fue la emancipación del yugo monárquico, permitiendo además acabar con las limitaciones físicas a la expansión de la ciudad. Se estableció un cambio en el modelo de damero fundacional, incorporando un paseo en sentido oriente-poniente, centrado en una relación de paisaje, espacialidad, política y cultura, dando cuenta de las nuevas concepciones de la realidad urbana de Santiago, por lo que la construcción material del Paseo de las Delicias requirió de distintas fases para su ejecución (Guzmán, 1836).

En agosto de 1822, la destacada intelectual María Graham describió su percepción respecto al estado de *La Cañada*, las clases sociales y su forma de ocupación del territorio, con los paseantes en el espacio central y los medios de transporte en los extremos. Los hechos permiten constatar la apropiación del espacio para la distensión de los habitantes, realizando incluso una comparación con Inglaterra, donde asegura que existirían desórdenes y riñas:

El llano se cubre enteramente de paseantes a pie, a caballo, en calestras i carretas; i aunque la aristocracia prefiere la Alameda, no deja de concurrir también a las chinganas, donde todos parecen sentirse igualmente contentos, en medio de una tranquila i ordenada alegría. En Inglaterra estoi cierta de que en una concurrencia tan grande de jente no dejaría de haber desórdenes i riñas; pero nada de esto ocurrió aquí a pesar de que jugó mucho i se bebió no poco. (Graham, 1822, pp. 16-17)

Días después, Graham establece una significativa comparación con otro espacio: la Alameda de los Tajamares, un paseo al borde norte del Mapocho, con hileras de sauces, versus el suburbio pantanoso que había sido La Cañada y que estaba, precisamente, en proceso de arborización con álamos negros, tal como evidenciaba el proyecto del *Paseo de las Delicias*:

Actualmente O'Higgins la hace secar, despejar i plantar árboles, de modo que pronto superará a la Alameda en belleza, como la supera en extensión. El agua, que antes corría libremente, va ahora por un canal artificial, con árboles a uno i otro lado i cómodos senderos para el tráfico a pié i caminos mas anchos para los carruajes i caba-

llos. Esto se encuentra terminado ya en parte, i se sigue trabajando con actividad. (Graham, 1822, p. 266)

Como es posible observar, la transformación de La Cañada en un paseo urbano fue un proceso que no se inició en 1818, sino un proyecto que, aunque limitado al espacio de la iglesia y convento de San Francisco, tuvo como objetivo una apropiación del espacio mediante un nuevo proceso de construcción de un espacio público, y la incorporación de la naturaleza a través del verde urbano y la incipiente arborización con álamos negros como una forma de dar urbanidad a la periferia de Santiago (figura 3). Sin embargo, la extensión de aquella iniciativa y su oficialización como una política de gobierno solo se explica por el momento político tras la Independencia. Concordando con Ferrer (1911), “por iniciativa y empeño especial de don Bernardo O’Higgins, á la sazón á la cabeza del Gobierno como Supremo Director, se decretó y empezó la preparación del terreno, y se realizaron después plantaciones que forman hasta el día de hoy nuestro hermoso paseo de la Alameda de las Delicias, medida de ornato que ha resultado ser al mismo tiempo una de las más importantes que se han tomado en Santiago en materia de higiene pública y saneamiento” (pp. 18-19). Y es que, tal como afirmó Pérez Rosales,

¿Quién hubiera imaginado que aquellos inmundos ranchos que acrecían la ciudad tras del basural de la antigua Cañada, se habían de convertir en parques, en suntuosas y regias residencias, y lo que es más, que el mismo basural se había de tornar en la Alameda de Delicias, paseo que sin ruborizarse, puede envidiarnos para sí, la más pintada ciudad de la culta Europa? Milagros todos, hijos legítimos de nuestro inmortal 12 de febrero de 1818, época en que rota definitivamente la valla que se alzaba entre nosotros y el resto del mundo civilizado, nos resolvimos a campear por nuestra propia y voluntaria cuenta. (1886, p. 2)

La construcción material y cultural de un paseo: Alameda de las Delicias (1823-1874)

Para O’Higgins, dotar a Santiago de un paseo público era un adelanto urbanístico “digno de la capital de la nueva república. La larga y ancha faja de tierra que constituía el lecho de uno de los brazos del río Mapocho, en la época de su crecida, en invierno, marcaba por el sur

el término urbano de Santiago” (Ibáñez, 2001, p. 217). Albano (1844) complementa que “deseaba embellecer las ciudades con monumentos públicos, dedicados a la memoria de las glorias de Chile, así como colocar arcos triunfales en el remate del paseo de la Alameda” (p. 54). Para septiembre de 1820, las leyes y decretos del gobierno confirman la necesidad de formar una Alameda de Santiago, considerando tres aspectos: un proceso de salubridad pública, el acopio de materiales para su construcción y la designación de la toponimia de *Campo de la Libertad Civil*:

Entre las providencias que he dictado sobre el objeto, creo sea de consideración la de la erección de una Alameda en la grande i espaciosa calle de la Cañada, por su tendencia a la utilidad, comodidad i salud pública, i por la hermosura que adquirirá esa estendida parte de la población. Se han acopiado los materiales y plantas suficientes para la obra que llenará todo el ámbito de la calle con hileras de árboles, asientos de preciosas materias i fuentes perennes, todo trabajado según reglas del arte, dando a este paseo público el nombre de campo de la libertad civil. (1820)

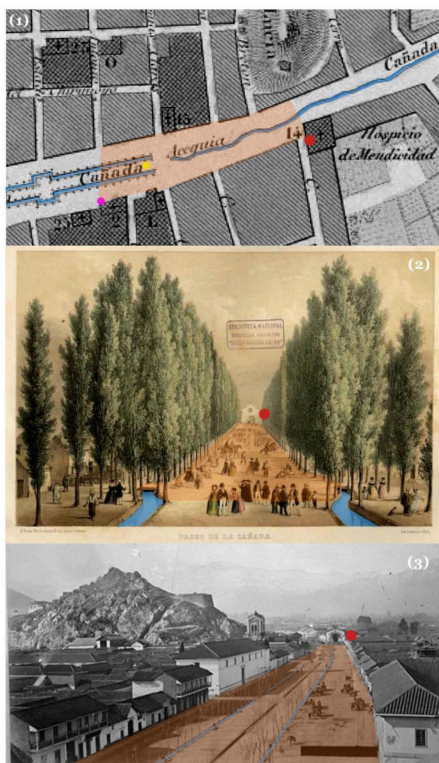
Bajo esta perspectiva, la sociabilidad y la libertad civil eran elementos fundamentales para el gobierno. Según Desramé (1998), al Director Supremo le resultaba clave reorganizar los espacios urbanos, para lo cual consideró que debía existir un área reservada para los ciudadanos respetables, ya que en los alrededores de los tajamares —el otro paseo arborizado, pero con sauces— existía desorden y mezcla social. Surgiría entonces un paseo de espacio cotidiano, de distinción social y sociabilización, en un marco civilizatorio que debía ser el sello no solo de su gobierno, sino también del naciente país.

Sin embargo, si bien en las primeras décadas del siglo XIX comenzó a adquirir progresivamente dichas características —a la par que Chile se consolidaba políticamente tras unos tumultuosos años iniciales—, esta cualidad de distinción social estuvo acompañada por la confluencia con lugares típicos de la vida nacional, como las chinganas. Ya en 1822 María Graham se refería a esta dualidad de la “aristocracia” nacional, la cual, si bien se inclinaba por los dos paseos arbolados de la capital, no dejaba por ello de acudir a las chinganas, siendo la más importante y antigua la de “Teresa Plaza”, ubicada en una calle intermedia entre el Tajamar y la Alameda de las Delicias (Zapiola, 1974, p. 31). A

partir de 1831 su existencia se vigorizó con la llegada de “Las Petorquinas”, tres hermanas provenientes de la ciudad de Petorca y que se convirtieron en un ícono cultural de la época (Garrido, 1976, p. 71), provocando que “la capital se cubriera de chinganas, y en la Alameda, desde San Diego hasta san Lázaro, y en la calle de Duarte, en sus dos primeras cuadras, era rara la casa que no tuviera este destino” (Zapiola, 1974, p. 32). A ello se sumaban “el ocio, la indolencia, las intrigas, el vicio de fumar, el del juego y otros menos finos” (Reid, 1920, pp. 19-20), como las peleas de gallos (Zapiola, 1974, p. 79). Como es posible observar, el renovado paseo mantuvo en sus primeras décadas, pese a sus transformaciones, diversos usos anteriores, como ser el punto neurálgico de ejercicios militares (Zapiola, 1974, p. 79), así como continuar siendo la arteria que conectaba a la ciudad con la periferia, siendo común el espectáculo de un “gran número de carretas que vuelven del mercado a donde han llevado melones, la principal fruta de esta época” (Reid, 1920, p. 18).

No obstante, esta nueva concepción oficial de la realidad espacial, cultural y social se vería reflejada en detalladas descripciones sobre el Paseo de las Delicias, indicando su composición, suntuosidad y la vista de la Cordillera de los Andes, siendo uno de los vestigios más valiosos la descripción planimétrica e iconográfica de Claudio Gay publicada en su Atlas de 1854. El naturalista francés fue contratado por encargo del gobierno de Chile, a partir de 1830, para llevar a cabo múltiples tareas científicas, destacando el deseo de lograr un significativo avance en el reconocimiento del territorio nacional. En su representación de la capital es posible comprender las operaciones llevadas a cabo en la *Alameda de la Cañada*, como es mencionada, pudiendo decirse que es una forma de visibilizar lo ejecutado por O’Higgins y la articulación de otras áreas en torno al paseo. En estos términos, también aporta a la discusión y enfrenta a dos fuentes, el plano y la imagen, en un proceso de articulación de las áreas norte y sur de Santiago (figura 4).

Figura 4
Planimetría de Santiago (1831) e iconografía del Paseo de la Cañada (1854) en el Atlas de Claudio Gay.



Claudio Gay, naturalista francés, y la representación de la Alameda de la Cañada, según el Plano de Santiago (1831) y el grabado del Paseo de la Cañada (1854), comparados con una fotografía de la Alameda de 1860.
 Fuente: Elaboración propia (2021), en base a Plano de Santiago de 1831 (1), Grabado del Paseo de la Cañada de 1854 (2) ambas de Claudio Gay en el Atlas de la historia física y política de Chile (1854) y fotografía de 1860 (3) de la Colección del Museo Histórico Nacional (PBF-000767).

El **Plano de Santiago (1831)** de Claudio Gay, en la imagen 1, permite observar los cambios de la “Alameda de la Cañada” desde la fecha de la cartografía hasta más allá de mediados del siglo XIX, demostrado en los siguientes registros iconográficos que se elaboraron del paseo urbano. De este modo, son comprobables relaciones espaciales entre los hitos de la Alameda: árboles, edificio religioso, vista, acequia, habitantes.

Al revisar el grabado del **Paseo de la Cañada (1854)**, destacado en la imagen 2 en color anaranjado, se desprende que el autor enfatiza, de forma pictórica, la magnificencia del elemento arbóreo, los álamos, que se extienden al punto de fuga, e inicio del recorrido, que es el Monasterio de San José, conocido como El Carmen Alto. La particularidad de esta representación, mirando hacia el oriente del paseo, evidencia, a su vez, que este espesor arbóreo, probablemente, busca *ocultar* algún hito geográfico como el caso del cerro Santa Lucía o la Cordillera de los Andes, pensando que esta última era temida o un elemento intimidante para la época con respecto a su forma de representación.

La acequia sin entubar, dibujada en el plano de 1831, antes del inicio del paseo urbano, fue soterrada. También destacan las acequias norte y sur en el grabado, haciéndolas aparecer de manera armoniosa en las bases de los álamos que delimitan el espacio central del paseo donde circulan los personajes de la representación. Se deduce que la posición de Gay para el grabado es la que se indica en un círculo de color amarillo en el plano de Santiago de 1831, principalmente por el desarrollo de la perspectiva, vista al oriente, que permite apreciar la cercanía espacial con el Monasterio de San José.

Por otra parte, la **captura fotográfica de 1860**, destacada en la imagen 3, desde la torre de la iglesia y convento de San Francisco hacia el oriente, advierte sobre la disposición de los elementos urbanos de la Alameda. En ella, se destacan las dos acequias, en las imágenes en color azul, y la arborización en sus bordes. Además del convento de las Monjas Claras, al norte. Se descarta, asimismo, el direccionamiento directo hacia el acceso del Monasterio de San José, toda vez que se evidencia la continuidad de la arborización de la Alameda hacia el oriente, pero distante del mismo.

Este sector es clave para el entendimiento de los aportes de Claudio Gay en la representación de la Alameda de la Cañada, como él la reconoce en su toponimia. Aún cuando su *Intervención* en la configuración urbana, no tiene una conexión a arquitectura ni paisajística directa, sí permite reconocer una perspectiva o vista hacia el oriente, en el inicio del paseo urbano donde los elementos constituyentes eran el agua, los árboles y el edificio religioso, observables en el grabado de 1854. Sin embargo, la fotografía de 1860 ayuda a dilucidar la inexistencia de un cierre al oriente, a modo de edificio monumental, o perspectiva del eje central del paseo, proyectado como remate en el edificio del monasterio.

Legenda

- Área de análisis del Paseo de las Delicias, al oriente.
- Acequias norte y sur del Paseo de las Delicias.
- Localización del Monasterio de San José, al oriente.
- Posición de la vista del grabado de Claudio Gay (1854).
- Punto de captura fotográfica desde la torre de la iglesia y convento de San Francisco.

Fuente: Quilodrán (2021, p. 228).

Contemporáneo a Gay, y de características similares, es el testimonio del marino y astrónomo norteamericano James Melville Gilliss, que en 1848 “presentó al Congreso de los Estados Unidos un proyecto de realizar una expedición científica al hemisferio sur” (Hidalgo, 2017, p. 3).

La expedición se mantendría hasta 1852, efectuando observaciones de carácter científico y astronómico desde el cerro Santa Lucía —lugar que además fue elegido para la instalación de un observatorio—, además de “observar y describir la obra humana que se extendía a los pies del cerro Santa Lucía: Santiago y su paisaje” (Hidalgo, 2017, p. 3). La primera descripción de Gilliss es desde la Cuesta de Lo Prado, donde observa una cuenca verde que se extendía en dirección NNE y SSW, que se rodeaba por la Cordillera de los Andes y la cordillera central (figura 5):

Al fondo, una llanura que se eleva suavemente hacia el este desde la base del confín occidental es atravesada por el Maypu hacia el sur. Por el centro aparece el Mapocho; y aún más cerca de nosotros, a lo largo de la base del cerro que ocupamos, fluye el Lampa —tributarios del primero que nombramos, cuyos cursos están claramente delineados. A dos terceras parte del óvalo, y ambos lados del Mapocho, se emplaza Santiago, apenas perceptible a tan gran distancia en razón de su estructura, la cantidad de álamos que contiene y que la rodean, y el majestuoso fondo de los Andes, que aparentemente proyecta una sombra oscura sobre la ciudad: pero la vista rápidamente detecta entre el follaje oscuro un muro blanco, y ocasionalmente la torre de una iglesia. (Gilliss, 1855, p. 175)

extiende en línea recta a lo largo de más de una milla y media, está bordeada por varios edificios de calidad y ofrece en toda su extensión una hermosa vista de los picos nevados de la Cordillera.

Para obtener una buena vista de la ciudad y de la Cordillera, basta con seguir esta Alameda hacia el este casi hasta su terminación, luego girar hacia el norte por unos cientos de metros hacia el norte y caminar hasta la cima de Santa Lucía, una pequeña colina de roca basáltica, dentro de los límites de la ciudad. (Carlisle, 1876, p. 307)

Lo anterior se explica por el visible desarrollo de la ciudad en la segunda mitad del siglo, marcado por la irrupción de los tranvías a partir de la construcción de la primera línea sobre la Alameda el año 1858 (Prudent Soto, 2015), así como la evolución arquitectónica de la capital. Las casas particulares, sencillas por fuera, según describía Aquinas Reid en 1847 (1920, pp. 19-20), fueron dando paso a suntuosos palacios de políticos, médicos, empresarios y otros profesionales, siendo el más emblemático de ellos el construido por arquitectos norteamericanos por encargo de Enrique Meiggs en 1864, entre las actuales calles República y España, extendiendo los límites de la Alameda cada vez más al sur y caracterizándose por su elegancia exterior y la comodidad de las habitaciones interiores (Subercaseaux, 1908, p. 56). Algo similar ocurrió con Ramón Elguero, destacado médico de la época y precursor de la psiquiatría nacional, quien construyó un “palacio suntuoso” en la Alameda, esquina Lira, desde la cual se desplazaba en su elegante carruaje a lugares del Parque Cousiño donde había edificado una “gran clínica” (Orrego Luco, 1924, p. 80). Nombres como Eugenio Ossa, Nazario Elguín, María Luisa Fernández de García Huidobro, Felisa Osandón de Haviland, Juan Francisco Rivas, José Díaz Gana y Nazario Elguín Leiva, extendieron sus lujosas viviendas a lo largo de la Alameda en las décadas siguientes, avances que fueron evidenciados por el viajero europeo Charles Wiener, que en 1888 describió:

El ferrocarril se detiene en un punto cercano a esta plaza —*La Plaza de Armas*—, al final de un paseo y parada capitalina llamada Alameda. La abundancia y variedad de medios de transporte a disposición del viajero le hace sentir que se encuentra en un país civilizado. Esta impresión se refuerza en el trayecto hasta el hotel. La Alameda es muy hermosa, con su doble avenida de árboles, sus acequias cubiertas de mampostería y sus edificios, desde chozas

a espléndidos palacios. (...) La interminable cadena de tranvías o carritos que recorren la Alameda y tres calles paralelas (Agustinas, Catedral y Rosas) (...) coches de alquiler, algunos elegantes *Americans*, otros Coches de Trompa de formas inverosímiles, el gran ómnibus, muy parisino, el del Hotel Central, solicitan a sus clientes. (1888, pp. 8-10)

Ramón Subercaseaux (1908), político, diplomático y pintor chileno, señaló que la extensión de la Alameda para 1860 iba desde las Cajitas de Agua (hoy Plaza Baquedano) al oriente. De su testimonio se desprenden dos antecedentes importantes: los árboles y el tamaño que habían alcanzado, dando cuenta que el paseo ya se había constituido en un espacio consolidado e incorporado un medio de transporte como el ferrocarril urbano:

La Alameda comenzaba al oriente por lo que llamaban las Cajitas de Agua y que era algo como depósito de distribución, recubierto por unas pequeñas pirámides de albañilería. Luego venían, hacia abajo, las plantaciones de álamos altos, oscuros, rectos y robustos, que dieron su nombre a todo el sitio, y seguían hasta la estación de los ferrocarriles o más bien del ferrocarril del sur, que fue el primero que partió de Santiago. Una acequia de agua rápida corría entre los álamos, puestos en doble fila. Las raíces sedientas formaban una doble pared de filamentos rosados, sumidos en la corriente que parecía porfiar por arrancarlas. (Subercaseaux, 1908, p. 58)

Este medio de transporte, según Subercaseaux (1908), estaba en toda la extensión de la Alameda, desde el frente de la actual Universidad de Chile, en construcción: “corría un tranvía que llevaba pasajeros por diez centavos, hasta la estación, actual Estación Central, la cual parecía naturalmente quedar muy lejos” (p. 60). Por otra parte, pensando en esta consolidación del espacio, Subercaseaux expresaba que no solo existió el paseo central arborizado con hileras de álamos negros, sino que también, en el punto de mayor concurrencia durante la tarde, en los alrededores de la estatua ecuestre de O’Higgins, se había construido un jardín llamado “Del Óvalo”:

donde la fantasía del edil se complacía en operar cambios frecuentes. Primero había en el centro un Neptuno, tridente en mano, que presidía a un chorro de agua que, saltando sobre piedras, bajaba a

perderse en un pequeño estanque; después arrasaron con todo y levantaron una colosal Libertad o Constitución de yeso, con diadema sobre la cabeza y con luces de gas por lo alto, en la terminación de una antorcha se alzaba en la mano; ardía la antorcha en las festividades de septiembre. (Subercaseaux, 1908, p. 59)

Sumado a esta renovación arquitectónica, la Alameda se instituyó tempranamente como el núcleo de la vida social del Santiago decimonónico, llegando a ser un importante centro de reunión para los intelectuales de mediados de siglo. Vicente Pérez Rosales, tras su fallido paso por la fiebre de oro en California, fue invitado por ciertos personajes liberales sin identificar a retomar la senda anterior a 1833, deber de todo “pipiolo”. Para ello, fue citado a una reunión a las dos de la tarde, donde “esperaremos a usted con otros amigos en el óvalo de la Alameda” (Pérez Rosales, 1886, p. 315). La breve pero significativa experiencia de la Sociedad de la Igualdad, en 1850, tuvo también a la Alameda como un punto estratégico, tanto para la realización de reuniones individuales y generales, y para posteriores desfiles en los que intelectuales, artesanos y liberales confluyeron en múltiples ocasiones, reuniendo incluso, el 14 de octubre de ese año, a cerca de 1500 personas, con Francisco Bilbao a la cabeza (Gazmuri, 1999, p. 96). Fue precisamente en este contexto, durante la jornada revolucionaria de abril de 1851, que pretendía evitar la elección de Manuel Montt como presidente, cuando la Alameda se cubrió de barricadas “a la francesa”, pese a que su impacto fue efímero y el triunfo de las fuerzas conservadores fue total (p. 104).

Si bien este cúmulo de situaciones puede hacer parecer a la Alameda de las Delicias como un suntuoso paseo urbano para la elite, cuyos exponentes volvían de Europa —principalmente de París— a contar sus experiencias y la majestuosidad del viejo continente (Subercaseaux, 1860, p. 74), lo que se condice perfectamente con su planificación original, lo cierto es que en ella convivieron realidades bastante opuestas, no solo derivadas de su antigua situación periférica, sino también por la confluencia de distintos grupos sociales, profesiones y oficios. Así como Domingo Faustino Sarmiento, político, intelectual, escritor y presidente de Argentina (1868-1874), quien vivió en Chile en dos periodos de su vida (1831-1836 y 1841-1855), que describió a la Alameda como un espacio de entretención de domingo tras la asistencia de los ciudadanos al teatro (Sarmiento, 1885, p. 22), Ramón Su-

bercaseaux recordaba para 1871 vivencias muy diferentes en pleno frontis de la Universidad de Chile:

Las vacas escuálidas que estacionaban en la Alameda ofreciendo su leche de mal año a los transeúntes, solían ser entradas al patio y aun a las clases. Parece que una vez los alumnos de Derecho Natural juzgaron del caso encerrar en su sala a un burro, que fue el único que encontró el profesor al entrar. (1908, p. 183)

Siete años después, la situación no había cambiado, cuando esta vez Julio Subercaseaux recordaba que “al ir al Instituto Nacional a dar exámenes, por las mañanas, tomábamos un gran vaso de leche al pie de las vacas que había amarradas entonces en la Alameda” (1976, p. 48). La elite santiaguina, observando con admiración la elegancia parisina, debía convivir con dinámicas locales propias de la identidad nacional, periférica, suburbana, rural y, sobre todo, mestiza.

La modernización de la Alameda y la herencia de Benjamín Vicuña Mackenna (1872-1905)

La Alameda de la década de 1870 “estaba marcada por el tránsito a la modernidad, así como la pervivencia de dinámicas locales y resabios coloniales, tanto a nivel urbano como sociocultural” (Núñez, 2010, p. 61). La apropiación del espacio se daba tanto de manera improvisada como planificada, lo que se explica, en buena medida, por la extensión del espacio y su posicionamiento como eje central de la vida urbana santiaguina, tal como queda en evidencia con el relato de Martina Barros Orrego. Considerada la primera intelectual chilena y precursora del feminismo en Chile, discutiendo sobre la educación igualitaria y los derechos y deberes de las mujeres de la época, evidenció cómo la Alameda era ya un espacio icónico donde la población se volcaba para distintos eventos, tan diversos como la desenfrenada recepción de la aclamada actriz francesa Sarah Bernhardt, en 1886:

Años después pude conocer y apreciar a otra gran trágica que ocupó por algunos días los escenarios de Santiago: la famosa Sarah Bernhardt (...). Con la llegada de Sarah Bernhardt se volvieron locos todos los hombres. Le sacaron los caballos al coche y arrastraron su carruaje desde la Estación Central (Alameda) hasta uno de los Hoteles del centro, la vitoreaban en donde se presentaba, su corte

de admiradores no la abandonaba un momento. (Barros de Orrego, 1942, pp. 148-149)

Esta situación, que revela cómo el espontáneo fervor popular le imprimía un uso improvisado y no oficial a la Alameda, contrasta considerablemente con lo que la intelectual pudo atestiguar cuando el gobierno eligió este espacio para convertirlo en un escenario festivo, solemne y oficial en el marco de la conmemoración de las victorias de la Guerra del Pacífico:

Dos meses después, el 14 de Marzo de 1881, me tocó la suerte de ver la entrada del Ejército vencedor, con Baquedano a la cabeza. Fue un delirio, todo el mundo parecía loco. Las tropas se bajaron de los trenes en la Avenida Matucana, y Baquedano en la Estación Alameda; un cañonazo del Santa Lucía anunció a la ciudad la llegada de Baquedano y una gran salva, que el Ejército comenzaba a avanzar hacia el centro. En toda la Alameda había arcos triunfales, lo mismo en la calle del Estado y la Plaza de Armas. Además, en la Alameda había palcos para presenciar el desfile triunfal; yo lo ví desde uno de ellos. Venía Baquedano, a caballo, de gran uniforme, acompañado del Almirante y seguido de más de seis mil soldados. Fue un espectáculo magnífico, que no podré olvidar jamás, sentí entonces revivir en mi alma todo el entusiasmo por los militares que mi mamá, como hija de General de la Independencia, me había imbuido desde pequeña, en recuerdo de su padre y de los demás valientes que nos dieron Patria y Libertad. (Barros de Orrego, 1942, p. 162)

Fue en este contexto cuando, en el último tercio del siglo XIX, el intendente Benjamín Vicuña Mackenna dispuso un *Plan de Transformación de Santiago*, en el que se contemplaron numerosas operaciones urbanas. Fueron acciones públicas de reforma de la ciudad, toda vez que señalaba que al quitarle lo feo, se remozaría y la colocaría a la altura de una gran capital (Revista Ziz-Zag N° 1383, 1981). Debía emprenderse un cambio en el Santiago colonial, dejando atrás dicho pasado al abandonar “vestiduras de adobes i escombros” (1873, p. 8), a la vez que se abrazaba con ímpetu un espíritu modernizador. Respecto de los solares, por ejemplo, reflexionaba:

¡Pobre Santiago! ¡Me figuro como si la viera a nuestra capital de pasados siglos! (...) Tablero de solares desnudos en la última parte del

siglo XVI en que nació, agrupados sus ranchos pajizos al pié del Santa Lucía que le servía de fortaleza contra el indio i de malecon de resistencia a los brazos de rio que entonces la rodeaban, buscó mas tarde su ensanchamiento en la direccion del declive de su propio plano.

Asi, ya en el católico siglo XVII la vemos cubrirse de conventos i casas solariegas con su plaza diseñada por bajos portales de ladrillo, mientras crecían dispersos en su centro algunos grupos de espinos salvajes haciendo sombra al verde cesped que la cubría. (Vicuña Mackenna, 1856, p. 255)

Para tales efectos creó, el 4 de diciembre de 1872, una comisión que tuvo como objetivo embellecer y organizar el *Paseo de la Alameda*, buscando convertirlo en el más hermoso de América (Vicuña Mackenna, 1873). Argumentó que era relevante crear un sistema de avenidas-paseos que denominó "El Camino de Cintura". En efecto, para finales del siglo XIX la Alameda ya no se distinguía como un borde de la urbanización, sino que estaba totalmente integrada a la ciudad. Para él, la articulación y estructura del paseo urbano presentaba algunos inconvenientes, que eran: 1) los paseantes se agrupaban en un espacio reducido, no utilizando toda la extensión del paseo; 2) las calles Bretón y del Colegio estaban habitadas por clases sociales de opulencia y progresistas; 3) el paseo del cerro Santa Lucía quedaría terminado el 1 de marzo de 1873 y, al ensanchar la calle Bretón, se incorporaría a la Alameda, y 4) la organización del paseo no consideraba la extensión, los recursos higiénicos y el panorama (paisaje).

El hecho de que el intendente conformara la comisión era una forma de capitalizar su discurso de innovación, embellecimiento y el sistema de avenidas-paseos que deseaba implementar, instalando la discusión sobre el buen funcionamiento del *Paseo de la Alameda* y su modernización. Para ello, la comisión consignó, por un lado, la preferencia de la pavimentación de las calles laterales de la Alameda, entre el Carmen y la Estación Central, y, por otro, que los objetos que se incorporasen quedarían en segunda opción para su arreglo, ya que debían obtener recursos sobrantes de la pavimentación de las calles mencionadas previamente. Finalmente, para entender la estructura, no solo en sus hitos puntuales, se comisionó a Ansart y Aldunate la elaboración de un plano de la totalidad de la Alameda para determinar sus medidas y nivelaciones (Vicuña Mackenna, 1873).

La reestructuración de la Alameda, la extensión de las calles y el reordenamiento del paseo era una respuesta a los cambios que se evidenciaban en la segunda mitad del siglo XIX, con un proceso de modernización que involucró la construcción de redes de tranvías en una ciudad de población creciente, la extensión del alcantarillado en línea con las políticas higienistas, la pavimentación de las calles principales, entre otros. Estos procesos de cambio, con el acelerado crecimiento de Santiago como telón de fondo, no solo implicaron un mayor acceso a los “frutos de la modernidad”, sino también a sus complejidades y desafíos. En este sentido, los *efectos acumulativos* de los problemas modernos, especialmente en las clases populares², se enfrentaron con el proyecto modernizador de Vicuña Mackenna que, en búsqueda de la renovación urbana, disolvió barrios populares y controló represivamente la mendicidad, desatando controversias tanto en el seno de la elite como en el mundo popular, las cuales trascenderían su gestión y se irían constituyendo como un problema de fondo de la sociabilidad capitalina (Grez, 1995, pp. 20-22).

A partir de la década de 1880 distintas figuras comenzaron a copar los debates de las condiciones de vida de los más pobres, a la par que fue emergiendo progresivamente un nuevo actor en el conflicto político: el proletariado o las clases populares, motivando a que la Alameda se fuera convirtiendo en escenario de disputas y conflictos como expresiones de esta cada vez más afianzada “cuestión social”. En 1888, cuando se anunció un alza a las tarifas de los tranvías de tracción animal, cuya mayor parte confluía en la Alameda, representantes políticos y organizaciones obreras convocaron a una serie de manifestaciones en busca de que se revirtiera la medida. El *meeting* pacífico, “inicialmente respetuoso del orden y de las leyes”, se convirtió en una explosión de violencia popular que se extendió desde el centro a los barrios periféricos, siendo icónico lo ocurrido con un carrito del Ferrocarril Urbano, que descendía por la Alameda sin caballos, pero ardiendo en el techo y sus costados, siendo volcado a la altura de la Estación Central (Grez, 1999, p. 162).

2 Tal como evidencia Sergio Grez, la insalubridad y el hacinamiento se traducía en elevadas tasas de mortalidad —especialmente infantil—, sumado a epidemias que regularmente profundizaban dichas cifras. En 1872, la viruela ocasionó 6.344 muertes en el país, 5.710 de las cuales fueron en Santiago, vale decir, casi el 4% de la población total de la ciudad (Grez, 1995, p. 21).

A medida que las organizaciones sociales surgían y el discurso de clase se extendía, los *meetings* políticos y las actividades masivas protagonizadas por obreros se tornaban cada vez más frecuentes, con reuniones de obreros que se realizaban en plena Alameda. Estas expresiones trascendían los mítines puramente políticos, como ocurrió en 1904, cuando diversas sociedades obreras organizaron una romería al Cementerio General para visitar los mausoleos sociales y la tumba de su benefactor, Donato Millán, fallecido cuatro años antes. A las dos de la tarde, cientos de personas se reunieron con sus estandartes enlutados en la Alameda, entre Estado y San Antonio, para dar paso a una marcha que avanzó por las calles Estado, 21 de mayo, Santo Domingo, San Antonio, para cruzar el puente sobre el Mapocho y dirigirse al Cementerio (León, 1995-1996, p. 182). Un año más tarde, en 1905, una nueva protesta se extendió por una semana a lo largo de la capital, esta vez por el alza del valor de la carne. Si bien los llamados del Partido Democrático y las sociedades obreras enfatizaron en que el desfile, que se efectuaría a las dos de la tarde en la Alameda, debía mantener el orden y guardar compostura en pos de la defensa de una “necesidad nacional”, la inusitada masividad de la convocatoria, con cifras que van de las 12.000 a las 50.000 personas, y la falta de un organizador con capacidad de arbitrio, hizo que la concentración se volviera incontrolable, pese a los intentos organizacionales:

Naturalmente, el recorrido que había de seguir el desfile también estaba señalado de antemano. De acuerdo a lo planeado, a las 14.30 hrs. la columna debía ponerse en movimiento desde la Alameda entrando por la calle Morandé, torciendo luego por Moneda para pasar frente a la Casa de Gobierno, de allí, tomando Teatinos, debía continuar la marcha hasta la calle Huérfanos, para luego, por Manuel Rodríguez regresar a la Alameda donde se pondría fin a la manifestación. (Izquierdo, 1976, p. 57)

La extensión de la protesta y la animosidad de los asistentes motivó que a la demanda inicial se sumaran otras de diversa índole, que iban desde la crítica de los monopolios a las solicitudes de dimisión de autoridades, dando paso a una ola de descontento que se materializó en saqueos, destrucción de estatuas, faroles y monumentos en la Alameda, la quema de tranvías que atravesaban dicha arteria e, incluso,

el apedreamiento de La Moneda, desencadenando una ola represiva que se extendió a los barrios obreros y terminó una semana después, con un saldo de 300 muertos (Izquierdo, 1976, p. 60), demostrando que los usos de la Alameda estaban lejos de supeditarse únicamente a una potestad de la autoridad oficial.

Conclusión

El estudio de los testimonios y de la literatura de viaje generada por eminentes miembros de la elite nacional y extranjera que confluyeron en la Alameda entre 1807 y 1905 permite dar cuenta del proceso de transformación de este espacio periférico, su incorporación a la urbanidad en una lógica civilizatoria y sus constantes modificaciones, tanto planificadas como obligadas, en línea con el crecimiento de la ciudad y el impacto de la modernidad. Este Campo de la Libertad Civil, muestra visible de la civilidad de los pueblos, pensado como un lugar de desahogo y recreación que permitiera evidenciar la magnificencia y hermosura de la Capital, debió convivir con el realismo de la sociedad santiaguina, con costumbres y dinámicas socioculturales que escapaban del ideario parisino de segunda mitad del siglo XIX. Ello provocó que la socialité santiaguina, *flâneur* en un hermoso paseo rodeado de jardines y monumentos, se viera obligada a compartir con carretas de víveres que venían de los centros de producción rurales o con comerciantes que vendían “leche al pie de la vaca” al borde del paseo, todo mientras relataban su experiencia de los recientes viajes a ciudades como Londres o París.

Estos contrastes se acentuaron a medida que los usos no oficiales comenzaron a extenderse progresivamente, fuese debido a expresiones improvisadas del fervor popular, como la visita de una estrella internacional, el paso de ceremonias religiosas o la concentración de *meetings* políticos y protestas populares, las cuales evidenciaron una notoria proliferación a comienzos del siglo XX (Grez, 2000, p. 182). El avance de la modernidad, si bien podía encauzarse en obras planificadas, como el Plan de Transformación de Santiago emprendido por Vicuña Mackenna, debió responder, con mayor o menor éxito, a una serie de necesidades de la ciudad, la cual fue dotándose de infraestructura y normativas que intentaron dar respuesta a las nuevas realidades. Sin embargo, los parámetros excluyentes de una moder-

nidad selectiva y visible en espacios centrales como la Alameda se encontraron de golpe con el debilitamiento de las condiciones de vidas de las clases populares, que fueron capaces de encausar demandas y malestares a través de una progresiva conciencia obrera y social. Ello derivó a que, pese al intento por imprimir un uso oficial a este espacio, en la práctica fuera la población la que redefiniera y resignificara constantemente su significado, evidencia latente de la apropiación del espacio que paseantes, deudos, partidos políticos, organizaciones obreras y un sinnúmero de individuos que hicieron suya la *Alameda de las Delicias*.

Referencias

- Albano, C. (1844). *Memoria del Exmo. Señor Don Bernardo O'Higgins, Capitán Jeneral en la república de Chile, Brigadier en la de Buenos Aires, gran mariscal en la del Perú y socio protector en la Sociedad de Agricultura &c.* Imprenta de la Opinión.
- Arroyo i Samsó, A. (2015). *El campo, la Alameda y la avenida: tres episodios de un palimpsesto. La Alameda de Santiago 1818, 1825 y 1925* [Tesis magíster]. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Barros Arana, D. (1933). *Historia jeneral de Chile*. Tomos VIII y IX. Nascimento.
- Barros de Orrego, M. (1942). *Recuerdos de mi vida*. Editorial Orbe.
- Boletín de las leyes i decretos del Gobierno 1819-1820*. "Se manda a formar la Alameda de Santiago", (1900), p. 321.
- Brassey, A. A. (1885). *Le tour du monde en famille: voyage de la famille Brassey dans son yacht le "Sunbeam"*. A. Mame et fils (Tours).
- Calderón, A. (1984). *Memorial del viejo Santiago*. Andrés Bello.
- Carlisle, A. D. (1876). *Inde, Chine, Japon, Californie, Amérique du Sud*. París. Librairie géographique.
- Carvallo Goyeneche, V. (1875). *Descripcion histórico-jeográfica del reino de Chile por don Vicente Carvallo Goyeneche, precedida de una biografía del autor por don Miguel L. Amunátegui*. Tomo II. Imprenta de la Estrella de Chile.
- Chartier, R. (2005). *El mundo como representación*. Editorial Gedisa.
- Chartier, R. y Pons, A. (2013) El Sentido de La Representación. *Pasajes*, 42, 39-51.

- Cillero, F. (2017). *Paisajes visualizados: sombras, movimientos y usos en la Alameda de Santiago*. [Taller de investigación de la Escuela de Arquitectura]. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Cisneros, C. y Savarino, F. (coord.) (2007). *Narrativas errantes: historia y literatura de viaje en México y desde México*. Universidad de Guadalajara.
- Deluermoz, Q. & Mazurel, H. (2019). L'histoire des sensibilités: un territoire-limite? *Critical Hermeneutics*, 3(1), 125-170. <https://doi.org/10.13125/CH/3878>
- De Ramón, A. (1978). Santiago de Chile 1850-1900. Límites urbanos y segregación espacial según estratos. *Revista Paraguaya de Sociología*, 42/43, 253-270.
- Desramé, C. (1998). La comunidad de lectores y la formación del espacio público en el Chile revolucionario: de la cultura del manuscrito al reino de la prensa (1808-1833). En *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII y XIX* (pp. 177-193). Fondo de Cultura Económica.
- El Agricultor. (1840). *Sociedad Chilena de Agricultura*. Imprenta de la Opinión.
- Famin, C. (1839). *Historia de Chile*. Imprenta del Guardia Nacional.
- Ferrer, P. L. (1911). *Higiene y asistencia pública en Chile*. Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona.
- Garrido, P. (1976). *Biografía de la cueca*. Editorial Nacimiento.
- Gay, C. (1854). *Atlas de la historia física y política de Chile*. Tomo Primero. Imprenta de E. Thunot y Ca.
- Gazmuri, C. (1999). *El "48" chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos*. Editorial Universitaria.
- Gilliss, J. M. (1855). *The U.S. Naval Astronomical Expedition to the Southern Hemisphere during the years 1849-'50-'51-'52*. A. O. P. Nicholson Printer.
- Gómez Alcorta, A., Ocaranza Bosio, F. y Lara Ortega, M. Ilustración y modernidad versus militarismo y autocracia en los albores de la república de Chile: una relectura de Bernardo O'Higgins Riquelme. Mesa 20. *Memorias e independencia. XVIII Congreso colombiano de historia*; 2017.

- Goy, H. (1917). *De Québec a Valparaíso. Paysages, Peuples, Écoles*. Librairie Armand Colin.
- Graham, M. (1822). *Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823)*. San Martín-Cochrane-O'Higgins. Editorial América.
- Grez, S. (Compilador) (1995). La "cuestión social" en Chile ideas y debates precursores (1804-1902). DIBAM.
- Grez, S. (1999). Una mirada al movimiento popular desde dos asonadas callejeras (Santiago, 1888-1905). *Cuadernos de Historia*, 19, 157-192.
- Grez, S. (2000). Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907). *Historia*, 33(1), 141-225. <https://doi.org/10.4067/S0717-71942000003300004>
- Gutiérrez, M. (2004). *Análisis de las transformaciones del paisaje urbano patrimonial de Santiago: El caso de la Alameda Bernardo O'Higgins en el siglo XX* [Tesis magíster]. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Guzmán, C. & Oddoy, A. (2003). *Un paseo por las transformaciones de la Alameda de Santiago: Búsqueda de una arquitectura y espacio público integrados* [Seminario de Arquitecto]. Universidad de Chile.
- Guzmán, J. (1836). *El chileno está instruido en la historia topográfica, civil y política de su país*. Tomo 2. Imprenta Araucana.
- Haigh, S. (1917). *Viaje a Chile. Durante la época de la Independencia*. Imprenta Universitaria.
- Hecht, R. (2012). La noción de proyecto de paisaje en las publicaciones periódicas Santiago, 1930-1960. *Revista 180* (30), 50-59.
- Hidalgo, G. (2017). La ciudad como problema de representación y conocimiento: la mirada urbana de la expedición naval astronómica norteamericana de J. M. Gilliss, Santiago de Chile en torno a 1850. *Revista, 180* (39), 1-14.
- Ibáñez, J. (2001). *O'Higgins el Libertador*. Instituto O'higginiano de Chile.
- Izquierdo, G. (1976). Octubre de 1905. Un episodio en la historia social chilena. *Historia*, (13), 55-96.
- Lafond du Lucy, G. (1911). *Viaje a Chile*. Imprenta Universitaria.
- León Echaíz, R. (1975). *Historia de Santiago. Tomo II. La República*. Imprenta Ricardo Neupert.

- León, M. A. (1995-1996). “Un simple tributo de amorosa fe”: la celebración de la “fiesta de los difuntos” en Santiago de Chile, 1821-1930. *Historia*, (29), 159-184.
- Mac-Érin, (1897). *Huit mois sur les deux Océans*. Voyage d'études et d'agrément. U. Mac-Érin. Tours Alfred Cattier Éditeur
- Marín, L. (2009). Poder, representación, imagen. *Prismas - Revista de Historia Intelectual*, 13(2), 135-153.
- Miers, J. (1826). *Travels in Chile and La Plata. Vol. I*. London, Baldwin, Cradock and Joy.
- Núñez, A. (2010). “La ciudad como sujeto: formas y procesos de su constitución moderna en Chile, siglos XVIII y XIX”. *Revista de geografía Norte Grande*, (46), 45-66. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-34022010000200003>
- O'Higgins, B. (1818). Decreto 48 del 11 de julio de 1818. En Archivo Nacional, *Archivo de don Bernardo O'Higgins* (Tomo XI). Imprenta Universitaria.
- Orrego Luco, A. (1924). *Recuerdos de la Escuela*. Imprenta Universitaria.
- Peña Otaegui, C. (1944). *Santiago de siglo en siglo: comentario histórico e iconográfico de su formación y evolución en los cuatro siglos de su existencia*. Zigzag.
- Pérez de Arce, R. (2016). *Breve historia de la amnesia*. ARQ.
- Pérez Rosales, V. (1886). *Recuerdos del pasado 1814-1860*. Imprenta Gutenberg.
- Pérez, B. (2016). *El Sitio del Convento: San Francisco y el Desarrollo de la Ciudad de Santiago hacia el Sur de la Alameda, 1820-1920* [Tesis doctoral]. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Prudent Soto, E. (2015). Transporte, modernización urbana y negociación: el Ferrocarril Urbano de Santiago 1873-1897. *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM* [En línea], 29. <https://doi.org/10.4000/alhim.5213>
- Quilodrán, C. (2021). *Alameda de Santiago de Chile: Paseo urbano y escenario público, 1818-1875* [Tesis doctoral] Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Reid, A. (1920). *Diario del viaje efectuado por el Dr. Aquinas Ried desde Valparaíso hasta el Lago Llanquihue y de regreso*. Imprenta Universitaria.
- Revista Zig-Zag N° 1383. (1981).

- Romero, L. A. (1988). Sarmiento, testigo y testimonio de la sociedad de Santiago. *Revista Iberoamericana*, LIV(143), 461-475.
- Ruschenberger, W. S. W. (1834). *Three years in the Pacific; including notices of Brazil, Chile, Bolivia, Peru. By an officer in the United States Navy*. Carey, Lea & Blanchard.
- Sahady, A. (2015). *Mutaciones del patrimonio arquitectónico de Santiago de Chile*. Universitaria.
- Sarmiento, D. F. (1885). *Obras de S.F. Sarmiento*, Tomo III, Santiago: Imprenta Gutenberg.
- Schkolnik, S. (1955). *Historia de la Cañada comprendiendo toda la época hispánica desde 1541 hasta el año 1820*. [Seminario de arquitecto]. Universidad de Chile.
- Serra, D. (2011). ¡Hoy es Nochebuena y la ciudad está de fiesta!: la celebración de la Navidad en Santiago: 1850-1880. *Revista de Historia Iberoamericana*, 4(2), 112-130.
- Serra, M.T., Torres, J. y Grez, I. (2023, 12 de septiembre). Breve historia de la introducción en Chile del álamo (*Populus nigra* L. var. *italica* (Moench.) *Koehne*) y el desarrollo de ejemplares siempreverdes. <https://www.chlorischile.cl/alamos/alamos.htm>
- Silva, E. (2012). La Noche Buena en la Alameda. Descripción de una tradición en tiempos de modernización. Santiago de Chile, segunda mitad del siglo XIX. *Historia*, I(45), 199-246.
- Subercaseaux, R. (1908). *Memorias de 50 años*. Imprenta y Litografía Barcelona.
- Subercaseaux, J. (1976). *Reminiscencia*. Nacimiento.
- Vicuña Mackenna, B. (1856). *La Agricultura de Chile*. Memoria presentada a la Sociedad de Agricultura en su sesión del 6 de septiembre de 1856 con el objeto de constituir la bajo nuevas bases i de reinstalarla de un modo solemne con ocasión de las festividades del 18 de setiembre. Imprenta Chilena.
- Vicuña Mackenna, B. (1872). *La Corona del Héroe. Recopilación de datos i documentos para perpetuar la memoria del Jeneral Don Bernardo O'Higgins*. Nacional.
- Vicuña Mackenna, B. (1873). *Un año en la intendencia de Santiago. Lo que es la capital i lo que debería ser. Memoria leída a la Municipalidad*. Santiago: Imprenta de la Librería del Mercurio de Tornero i Gárfias.

Vicuña Mackenna, B. (1877). *De Valparaíso a Santiago. Datos, impresiones, noticias, episodios de viaje*. Imprenta de la Librería del Mercurio.

Wiener, C. (1888). *Chili et chiliens*. Librairie Léopold Cerf.

Zañartu, S. (1922). La historia de la calle donde usted vive, la Alameda de las Delicias. *Revista Zig-Zag* (1932).